



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo 19 de enero de 2014

Vídeo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Con la fiesta del Bautismo del Señor, celebrada el domingo pasado, hemos entrado en el tiempo litúrgico llamado «ordinario». En este segundo domingo, el Evangelio nos presenta la escena del encuentro entre Jesús y Juan el Bautista, a orillas del río Jordán. Quien lo relata es el testigo ocular, Juan evangelista, quien antes de ser discípulo de Jesús era discípulo del Bautista, junto a su hermano Santiago, con Simón y Andrés, todos de Galilea, todos pescadores. El Bautista, por lo tanto, ve a Jesús que avanza entre la multitud e, inspirado desde lo alto, reconoce en Él al enviado de Dios, por ello lo indica con estas palabras: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (*Jn 1, 29*).

El verbo que se traduce con «quita» significa literalmente «aliviar», «tomar sobre sí». Jesús vino al mundo con una misión precisa: liberarlo de la esclavitud del pecado, cargando sobre sí las culpas de la humanidad. ¿De qué modo? Amando. No hay otro modo de vencer el mal y el pecado si no es con el amor que impulsa al don de la propia vida por los demás. En el testimonio de Juan el Bautista, Jesús tiene los rasgos del Siervo del Señor, que «soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores» (*Is 53, 4*), hasta morir en la cruz. Él es el verdadero cordero pascual, que se sumerge en el río de nuestro pecado, para purificarnos.

El Bautista ve ante sí a un hombre que hace la fila con los pecadores para hacerse bautizar, incluso sin tener necesidad. Un hombre que Dios mandó al mundo como cordero inmolado. En el Nuevo Testamento el término «cordero» se le encuentra en más de una ocasión, y siempre en

relación a Jesús. Esta imagen del cordero podría asombrar. En efecto, un animal que no se caracteriza ciertamente por su fuerza y robustez si carga en sus propios hombros un peso tan inaguantable. La masa enorme del mal es quitada y llevada por una creatura débil y frágil, símbolo de obediencia, docilidad y amor indefenso, que llega hasta el sacrificio de sí mismo. El cordero no es un dominador, sino que es dócil; no es agresivo, sino pacífico; no muestra las garras o los dientes ante cualquier ataque, sino que soporta y es dócil. Y así es Jesús. Así es Jesús, como un cordero.

¿Qué significa para la Iglesia, para nosotros, hoy, ser discípulos de Jesús Cordero de Dios? Significa poner en el sitio de la malicia, la inocencia; en el lugar de la fuerza, el amor; en el lugar de la soberbia, la humildad; en el lugar del prestigio, el servicio. Es un buen trabajo. Nosotros, cristianos, debemos hacer esto: poner en el lugar de la malicia, la inocencia, en el lugar de la fuerza, el amor, en el lugar de la soberbia, la humildad, en el lugar del prestigio el servicio. Ser discípulos del Cordero no significa vivir como una «ciudadela asediada», sino como una ciudad ubicada en el monte, abierta, acogedora y solidaria. Quiere decir no asumir actitudes de cerrazón, sino proponer el Evangelio a todos, testimoniando con nuestra vida que seguir a Jesús nos hace más libres y más alegres.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se celebra la Jornada mundial del emigrante y el refugiado, con el tema «Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor», que desarrollé en el Mensaje publicado hace ya un tiempo. Dirijo un saludo especial a las representaciones de diversas comunidades étnicas aquí reunidas, en especial a las comunidades católicas de Roma. Queridos amigos, vosotros estáis cerca del corazón de la Iglesia, porque la Iglesia es un pueblo en camino hacia el Reino de Dios, que Jesucristo trajo en medio de nosotros. No perdáis la esperanza de un mundo mejor. Deseo que viváis en paz en los países que os acogen, custodiando los valores de vuestras culturas de origen. Quisiera agradecer a quienes trabajan con los inmigrantes para acogerles y acompañarles en sus momentos difíciles, para defenderles de aquello que el beato Scalabrini definía como «los mercaderes de carne humana», que quieren esclavizar a los inmigrantes. De modo particular, quiero dar las gracias a la congregación de los Misioneros de San Carlos, los padres y las hermanas scalabrinianos que tanto bien hacen a la Iglesia, y se hacen inmigrantes con los inmigrantes.

En este momento pensamos en los numerosos inmigrantes y refugiados, en sus sufrimientos, en su vida, muchas veces sin trabajo, sin documentos, en mucho dolor; y podemos todos dirigir una oración por los inmigrantes y los refugiados que viven situaciones más graves y más difíciles: Ave

María.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana